

ALEJANDRO IBÁÑEZ CASTRO

PESADILLA
ARQUEOLÓGICA



ÍNDICE

CAPÍTULO I. DE LA ÉPOCA EN QUE LOS REYES LLEVABAN PELUCAS LARGAS Y RUBIAS	11
CAPÍTULO II. LA VENTA FRESNADILLO	29
CAPÍTULO III. LA LEYENDA DE LA CASQUIVANA	55
CAPÍTULO IV. ¡AL INFIERNO, CON BOTAS Y TODO!	83
CAPÍTULO V. ESTRELLITA	119
CAPÍTULO VI. EL PARAPSIÓLOGO	153



- ¡Alto a la Guardia Civil!

En cuanto vieron aparecer las luces de las linternas y se dieron cuenta de que no era la broma de algún amigo y que, efectivamente, se trataba de la pareja de la Guardia Civil quienes les daba el alto, *El Malacara* y sus dos amigos saltaron rápidamente del agujero en el que estaban metidos y salieron corriendo campo a través. En la cabeza de Antonio *El Malacara* bullían todos los comentarios sobre joyas y lingotes de oro que había oído en esos días a la vidente que, añadidas a su gran deseo de salir de la miseria y a las catorce copas de *ligaíllo* que se había tomado para calentarse aquella noche de cielo raso y extremadamente fría, le habían dado el suficiente valor para ponerse a excavar con sus manos desnudas el *enterramento* que habían localizado los tres compinches por la tarde y que habían decidido vaciar en cuanto fuera noche cerrada. A los guardias no les costó mucho esfuerzo alcanzarlo porque, al dar un traspie con una piedra, perdió el poco equilibrio que le quedaba y cayó al suelo.

- Antonio, quedas detenido por desobediencia a una orden directa de la Guardia Civil.

- ¡Me habéis cogido porque no puedo respirar bien, tengo toda la boca llena de tierra!, le dijo al cabo después de que éste se diera cuenta de que algo le obstruía la garganta y le ayudara a escupir un par de objetos que resultaron ser unas falanges humanas pertenecientes a la mano del esqueleto que acababan de desenterrar y que, posteriormente, descubrirían que pertenecía a una tumba romana.

- *Malacara*, que esto no puede seguir así, le dijo el guardia civil, que no te faltaba más que el aguardiente ese tan fuerte que tomas para dejarte llevar por todas las fantasías que te cuentan tus amigos *El Brigadilla* y *El Voces*, que, seguramente son los dos que han salido corriendo y, que cuando no estáis metidos en un lío no parecéis felices, que ni tú ni ello sois arqueólogos y no se puede buscar tesoros así por las buenas y mucho menos sin ningún tipo de autorización administrativa.

- ¡Coño, que por poco no me ahogo!, dijo *El Malacara*, moqueando y con los ojos todavía rojos y vidriosos por el mal rato que acababa de pasar. Cuando os vi aparecer le pegué un puñado a la mano del esqueleto y me lo eché a la boca todo, por si tenía anillos, y me parece que no he cogido más que tierra y huesos. ¡Con toda la gente que está cavando por aquí todos los días y no se os ha ocurrido más que perseguirme a mí, que sabéis muy bien que no soy más que un desgraciado que intento buscar-me la vida como mejor puedo!

CAPÍTULO I

DE LA ÉPOCA EN QUE LOS REYES LLEVABAN
PELUCAS LARGAS Y RUBIAS

Después que aquellos dos guardias civiles la acompañaran al coche entró en él, se dejó caer pesadamente en el asiento trasero y le dijo al conductor que la llevara a Los Santos de la Ribera, luego cerró los ojos, por su mente pasaban todos los acontecimientos que había vivido en las escasas horas que llevaba en la ciudad.

Había llegado a la estación a las siete de la mañana. Traía la boca completamente reseca y la lengua estropajosa a causa del bocadillo de tortilla de patatas que le había sobrado del mediodía anterior y que se había tomado a palo seco de madrugada, tragándose como mejor pudo aquella masa gullipona con mucha patata, nada de cebolla, poco huevo y encima demasiado hecha; el pelo lo tenía aplastado por la nuca tras haber pasado toda la noche con la cabeza apoyada en el respaldo del duro asiento del tren. Se dirigió a la parada de taxis y le pidió al primer conductor de la fila de coches que estaba oyendo la Cope a todo volumen que la llevara rápidamente a las Casas Consistoriales.

Cuando se bajó de aquel taxi todavía no eran las ocho de la mañana y el Ayuntamiento estaba cerrado por lo que Estrella comenzó a ponerse algo nerviosa por aquella contrariedad que no se esperaba, ella pensaba que en una ciudad tan grande siempre estaría abierto al público. La gran angustia que sintió le llevó a golpear con

violencia las mamparas de cristal de las puertas, hasta que los guardias municipales que hacían el servicio de vigilancia nocturno del edificio y vieron a aquella señora tan alterada abrieron una pequeña puerta lateral y salieron para saber qué podía pasarle.

- ¿Señora, qué desea, no se da usted cuenta de que el Ayuntamiento está cerrado?, dijo uno de los agentes, y continuó: ¡deje inmediatamente de aporrear los cristales!, con esos golpes que está dando sólo puede conseguir que salten las alarmas y todo esto se va a llenar inmediatamente de policías y bomberos, las oficinas municipales no se abren al público hasta las nueve de la mañana, mire usted ese cartel tan grande que tiene delante de sus ojos, que lo pone muy clarito.

- ¡Necesito ver al Sr. Alcalde para contarle personalmente un gran secreto que sólo él puede conocer!, le dijo la mujer al guardia municipal, ya casi al borde de la histeria y levantando la voz muy por encima de lo normal, prácticamente gritando ante la cara de aquel hombre que cada vez estaba más atónito.

Éste se dio cuenta inmediatamente de que la mujer no se encontraba muy bien, que parecía que le iba a dar algo malo y, para intentar tranquilizarla, la invitó a pasar al vestíbulo del Ayuntamiento para que se sentase y se resguardara del frío que hacía e incluso le ofreció un café con leche de su termo de noche. Estrella aceptó y, algo más calmada, le preguntó al guardia municipal por la hora que llegaba el alcalde porque, como le acababa de decir hacía un momento, necesitaba verlo urgentemente, había estado viajando toda la noche desde muy lejos sólo para eso y ella no podía permitirse perder el tiempo esperando a que fueran las nueve de la mañana, que se trataba de un asunto de vital importancia para ella, su familia y también para la Historia.

- Por lo poco que yo sé señora, porque mi trabajo es otro, sólo puedo decirle que el Sr. Alcalde, a no ser que el asunto sea extremadamente urgente, puede tardar algunos días en recibirla porque siempre está muy ocupado y tengo oído que constantemente tiene una larga lista de espera de cuestiones seguramente tan importantes como la que le trae a usted por aquí esta mañana y tan temprano. Debe usted saber que esta es una ciudad con más de trescientos mil habitantes y muy complicada de gobernar, pero a mí no puede hacerme caso porque no sé mucho de protocolos y mi servicio actual se limita a la vigilancia nocturna del edificio, yo ya he pasado a lo que se llama segunda actividad. Lo que sí le aseguro con total certeza, siguió el guardia, es que tendrá que esperar hasta las ocho en punto que llega la señorita Amparito, la secretaria personal de Alcaldía y hablar con ella, si le puede atender, porque ella tampoco suele recibir a nadie hasta las nueve de la mañana, hasta esa hora se dedica a revisar y ordenar la agenda del Sr. Alcalde para organizarle el día lo mejor posible y que pueda atender todos los compromisos que tiene como es debido.

- Yo sólo puedo decirle a usted que me llamó Estrella Lagunillas y que tengo 52 años y el propósito que me ha traído hasta aquí es muy urgente e importante porque resulta que únicamente yo sé dónde se encuentra un tesoro muy valioso, de la época en que los reyes llevaban pelucas largas y rubias, y que el Sr. Alcalde tiene que intervenir inmediatamente para ayudarme a sacarlo antes de que se pueda perder, no se lo vaya a llevar cualquier desalmado, que usted no se puede imaginar cuantos sinvergüenzas y desaprensivos hay sueltos por el mundo, aunque usted por su trabajo de policía me imagino que conocerá a muchos más que yo.

Terminadas estas escasas y atropelladas palabras Estrella se levantó de pronto, como si la silla en la que había estado sentada tuviera un resorte, cogió su bolso y, sin soltar el vaso con el resto de café con leche que le quedaba, con gesto airado y como ofendida, se fue por donde había entrado, dejando a los guardias municipales con la boca abierta.

Pues sí, Antonio, le dijo el guardia municipal a su compañero, tú dirás que las noches son cada vez más largas y aburridas pero, ¿qué me dices de las amanecidas?, me voy a poner a redactar el parte de incidencias que el servicio ya mismo se acaba, a ver si podemos irnos pronto hoy, que ya tengo ganas de desayunar porque anoche la cena que me puso mi mujer fue más bien escasita, la puñetera está empeñada en que me estoy poniendo un poco gordito y debo empezar a cuidarme. Las mujeres siempre lo pagan con las cosas que más nos gustan a los hombres, comer y follar, aunque de eso último, la verdad, soy yo el que me voy retirando cada vez más, que no está el muelle para muchos tiros. Y no dejo de pensar que a Faustino ya le habrán traído el pan tierno y me lleva ya un buen rato apeteciendo mucho un bocadillo de tortilla de ajos, a ver si lo convengo para que me la haga, con las malas pulgas que tiene siempre, a ver cómo le entro para que me haga un desayuno en condiciones.

- Ya sabes que depende de cómo le pille el día, dijo el compañero, que Faustino está como la señora de los reyes con pelucas, o peor aún si anoche también se ha peleado con la parienta como nos cuenta todas las mañanas, la acabará pagando con la clientela, que cada vez dan menos ganas de ir a su bar con tal de no oírlo.

- Juan, lo que le pasa a Faustino no es más que la mala sombra que tiene, que no se aguanta a sí mismo. El argumenta que es así porque todos los taberneros tienen

ese mal carácter, pero todo el mundo sabe que la aparente seriedad de aquellos y su socarronería habitual, nada tiene que ver con ese hombre que no es más que un mala pipa insoportable, que siempre lo ha sido, según dicen algunos que lo han conocido de joven.

En el parte de incidencias nocturnas Juan López, con 35 años de destino activo en la Policía Municipal, escribió: sin novedad en el servicio del jueves 12 de marzo de 1987, hasta las 7:45 horas, que hace acto de presencia en estas dependencias una señora muy excitada y alterada, medio despeinada y con toda la ropa arrugada, que dice llamarse Estrella Lagunillas, de 52 años de edad, es de baja estatura, piel morena, con el pelo negro, corto y muy rizado, lleva gafas de pasta con los cristales oscuros, parece ser que graduadas porque no se las ha quitado en ningún momento. Manifiesta haber llegado a las 7:00 horas en el tren que viene de Levante, aunque no ha precisado su lugar exacto de procedencia y expone una gran premura por ser recibida por el Sr. Alcalde con objeto de informarle personalmente sobre la existencia de un fabuloso tesoro “de la época en que los reyes llevaban pelucas largas y rubias” así como que el Sr. Alcalde tiene que ayudarle a sacarlo para recuperarlo antes de que se pierda o pueda llevarse algún desaprensivo. No deja ningún dato sobre su domicilio y se marcha de improviso siendo las 7:55 horas. Llevaba un vestido azul claro y una rebeca blanca de lana gruesa, medias y zapatillas de lona de color azul marino. Se le ha ofrecido café con leche que ha aceptado, aunque cuando se ha marchado, muy airadamente, se ha llevado el vaso que pertenece a la dotación de esta oficina de seguridad. En el apartado de observaciones el guardia municipal escribió: es opinión personal de este funcionario que, a la vista de los hechos, a la señora Lagunillas le puede pasar algo extraño y maligno en su cabeza o que

tiene todos los cuadros mentales un poco desvariados, se personó en este Ayuntamiento gritando y muy nerviosa y se fue casi con el mismo talante, sin despedirse siquiera y, por supuesto, sin dar las gracias por el café con leche.

Cuando Estrella Lagunillas salió del Ayuntamiento seguía muy enojada, no alcanzaba a comprender cómo aquel guardia municipal no le había hecho apenas caso, ¡ni siquiera le había preguntado dónde estaba el tesoro! Claro que recordaba que ella ya le había dicho que era un gran secreto y sólo se lo contaría al alcalde y en persona. Por otra parte, pensaba que el desasosiego que sentía se debería a la mala noche del tren y que la falta de descanso le había traicionado y hecho perder los nervios del todo y se dijo a sí misma que debía calmarse, de otra manera nadie le iba a querer escuchar en ese estado, incluso podrían tomarla por lo que no era, una enferma mental. Se dio cuenta de que ya había amanecido casi del todo y, como siempre al clarear el día, hacía mucho más frío que de madrugada. Al pasar por el Bar Faustino, situado frente al Ayuntamiento, Estrella se vio reflejada en su gran cristalera, dándose cuenta entonces de que estaba bastante despeinada y con el pelo muy apelmazado por detrás, con esa pinta de alocada, pensó, le habían prestado tan poca atención los municipales. En ese mismo momento fue consciente también de que llevaba en la mano el vaso del café que tan amablemente le había ofrecido aquel guardia municipal, miró a un lado y a otro y viendo que nadie la observaba lo dejó caer disimuladamente en una papelera e inmediatamente decidió entrar a los servicios del bar para intentar recomponerse un poco del aspecto tan impresentable que tenía. El camarero era algo mayor, bajito y con el pelo blanco, vestía pantalón negro y una camisa blanca impoluta y se afanaba con gran diligencia, aunque muy ruidosamente, en disponer sobre la barra los platos

y las tazas, con la correspondiente cucharilla y el sobrecito de azúcar, para los primeros cafés del día porque muy pronto comenzaría a llegar la gente que iba a realizar sus gestiones al Ayuntamiento, algunos concejales y los funcionarios que se tomaban su primer café después de fichar el inicio de la jornada laboral. Estrella dijo buenos días y se dirigió rápidamente a los lavabos donde, después de aliviarse la vejiga de toda la noche en el tren, abrió el grifo de agua caliente, que no funcionaba, por lo que se salpicó un poco la cara con el agua casi helada que salía y, rápidamente, dándose cuenta de que tampoco había toalla se secó con un poco de papel higiénico y sacando un gran peine de su pequeña bolsa beige de viaje, que también le servía de bolso, se retocó el cabello machacado como pudo, se puso un poco de colonia de un pequeño frasco que traía y, por último, sacó un gran pañuelo rojo con flores negras que se anudó cuidadosamente al cuello. Al salir de los servicios ya había comenzado a llegar gente al bar, el camarero se dedicaba a meterse con muy malas formas con todo el que llegaba, como si le molestara la gente que le daba de comer. Estrella aceleró el paso, temiendo que aquel hombre también le llamara la atención de alguna manera delante de todo el mundo, tal vez con mucha razón porque no había consumido absolutamente nada, hizo como una cabezada de agradecimiento al camarero y salió rápidamente de nuevo a la calle, abrazando fuertemente su bolsa de viaje.

Nada más pisar la acera Estrella vio venir de frente a los dos guardias municipales que le habían atendido hacía un rato por lo que desvió la mirada hacia el suelo haciéndose la distraída para no tener que saludarlos, pensando que le dijeran algo del vaso que se había llevado y continuó hasta la parada de taxis que estaba junto a la puerta del bar para preguntarle a uno de los taxistas

por dónde se iba para el Gobierno Civil. Cuando éste comenzó a explicarle el camino a seguir debió parecerle demasiado complicado y le contestó que lo mejor era que la llevara en el coche.

Acababan de dar las nueve de la mañana cuando llegó a la sede del Gobierno Civil, los dos guardias civiles de la puerta prácticamente terminaban de instalarse para iniciar el servicio de control de visitantes. Estrella Lagunillas volvió a decirse a sí misma que debía tranquilizarse un poco para que no le fuera a ocurrir lo mismo que con los municipales, con los que había perdido totalmente el control sin que aquellos buenos hombres hubieran tenido la culpa de nada y es que, además, estaba convencida, y sabía por propia experiencia que los guardias civiles eran mucho más serios y que con ellos no se podía andar una con muchas tonterías. Se plantó delante de la mesa de la entrada y, en voz muy baja, dijo buenos días y guardó silencio, esperando que alguno de ellos le contestara.

- ¡Buenos días señora!, le dijo el guardia civil, siéntese por favor y dígame en qué puedo servirla.

Estrella, sin poder evitarlo, de nuevo volvió a sentirse inquieta y, muy atropelladamente, contestó que tenía que ver al Sr. Gobernador Civil por un asunto muy notable y muy reservado que sólo se lo podía contar a él personalmente. Recordaba que los guardias municipales no le habían creído, ni tampoco entendido la gran envergadura de la misión que la traía a la ciudad y no deseaba que pudieras volver a pasarle de nuevo y acabar quedando tan malamente.

- Señora, dijo el agente, a nosotros no nos atañen sus secretos ni pretendemos inmiscuirnos en sus asuntos personales pero tenemos la encomienda de registrar el motivo de su visita así como todos sus datos por si en al-

guna ocasión tenemos que notificarle algún asunto y para seguidamente poder orientarla a la dependencia adecuada que debe atenderla, aquí hay muchos despachos y nuestra obligación es que a usted la reciban en el departamento correcto y no hacerle perder el tiempo ni a usted ni a ninguno de los funcionarios, que están todos muy ocupados. En cuanto a su deseo de que la reciba el Sr. Gobernador Civil en este mismo momento, eso se escapa totalmente de nuestras competencias pero lo veo muy difícil así por las buenas, aunque sea un gran misterio el objeto de su visita porque por el trasiego de personas que hay aquí todos los días y las veces que le vemos salir a visitas y actos oficiales, deduzco que tendrá una agenda de trabajo bastante completa. Nosotros nos limitamos a cubrir la seguridad del edificio, controlando el acceso del personal.

Estrella iba notando por momentos que de nuevo comenzaba a trastocársele el sentido, entonces, como le pasó en el Ayuntamiento, se levantó muy impulsivamente y, sin poder evitarlo, se enredó con su bolsa beige que había dejado a los pies y tiró la silla, cayéndose al suelo; rápidamente acudieron otros dos guardias civiles para ayudarla a levantarse pero ella los rechazó y comenzó a gritar y a agitar los brazos pidiendo que nadie se atreviera a tocarla. Precisamente en ese barullo llegó el Gobernador Civil que salía para una visita protocolaria y se encontró en el hall de entrada a Estrella Lagunillas sentada en el suelo con su vestido azul claro y sus zapatos de lona abrazada a su bolso beige y diciendo a los guardias que no se atrevieran a ponerle la mano encima, que ella no había hecho nada malo, sólo que su torpeza y los pies, que le dolían muchísimo, le había hecho enredarse con el bolso. El Gobernador se acercó rápidamente para ayudar a que se incorporara pero en ese momento Estrella, intentando zafarse del guardia civil que pretendía auxiliarla, se revol-

vió y golpeando al Gobernador en las corvas de las piernas con la bolsa de viaje provocó que éste también cayera al suelo. Estrella Lagunillas, sin poder evitar una nueva crisis de nervios, comenzó a llorar a moco tendido y se tiró de bruces al suelo como una niña pequeña con una gran rabieta cuando no consigue hacer su voluntad. Ante aquel gran alboroto numerosos funcionarios salieron de sus despachos y acudieron a ver qué estaba pasando.

Una vez que, trabajosamente, hubieron recobrado la verticalidad, la señora por sus propios medios, porque nadie se atrevió a tocarla después de la advertencia que les había hecho, y el Gobernador ayudado por los guardias civiles, y ya algo más calmado el ambiente, éste ordenó a uno de los conserjes que hicieran pasar a la señora a la sala de visitas y que le llevaran algo de desayuno y, ya en voz baja le dijo al funcionario que, si había, trajera también unas cuantas bolsas de tila, luego, dirigiéndose a la señora le prometió que en unos escasos minutos estaría con ella.

Al poco tiempo apareció en la sala un conserje con una bandeja plateada con varias jarras térmicas y una pequeña fuente de apetitosas y grandes magdalenas.

- ¡Buenos días señora!, dijo el bedel que entraba con la bandeja. Aquí tiene café, leche, agua fría y agua caliente, que me ha dicho el Sr. Gobernador que, en su opinión, a lo mejor le apetece una tila, que ahora mismo le traigo unas bolsitas para la infusión con las tazas y el azucarero, que no me cabía todo en esta fuente.

- ¡Hay que ver lo amables y serviciales que son ustedes en esta ciudad!, dijo Estrella ya mucho más sosegada y limpiándose la nariz después del llanto, mientras el ordenanza salía a buscar el resto del servicio le dijo: esta misma mañana en el Ayuntamiento los guardias municipales me han servido hasta de su propio café y ahora

ustedes me ponen delante esta preciosa bandeja de plata que hasta tiene unas buenas magdalenas, pues sí, que le voy a hacer caso a su jefe y me voy a tomar una taza de tila calentita, que ya que me lo ha recomendado el Sr. Gobernador no quiero contrariarlo, no se vaya a molestar, y también una de esas apetitosas magdalenas que desde esta madrugada no he podido comer apenas nada y parece que el estómago me va llamando la atención.

- Yo creo señora que debe de ser por nuestro pasado musulmán, una de las muchas buenas costumbres que nos dejaron después de tantos siglos que estuvieron en esta ciudad es que somos muy hospitalarios y le recomiendo, dijo el conserje, que no se prive de probar las magdalenas, son las favoritas del Sr. Gobernador Civil, me las traigo yo personalmente de un horno de mi pueblo que está aquí cerca, son buenísimas, y están hechas como Dios manda, sin conservantes ni ninguna de esas porquerías que le ponen actualmente a la bollería industrial. Se han hecho tan famosas en esta casa que casi todos los funcionarios me encargan que les traiga una docenita de vez en cuando, que no quiera usted saber cómo traigo el coche de cargado algunos días, tanto que estoy pensando en pedirle una pequeña comisión a mi paisano el panadero, que le estoy aumentando mucho las ventas.

Mientras tanto, el Gobernador había hecho llamar a su despacho a los guardias civiles de la puerta de control para que le informaran acerca del incidente desde el principio, si bien estos le comentaron que todo había ocurrido muy rápido, que tan sólo les había dado tiempo a tomar nota de su nombre y que venía con el firme propósito de revelar un gran secreto pero que tenía que ser a él confidencialmente, el resto ya lo conocía de sobra porque había estado presente, incluso había sufrido en su propio cuerpo el extraño comportamiento de la señora.

- Bueno Sra. Estrella, espero que no se haya hecho usted daño, dijo el Gobernador entrando en la sala y dígame, ¿cuál es ese asunto tan importante que viene a contarme? Ya me han informado cumplidamente los guardias que le han atendido hace un momento que usted exclusivamente solo quiere hablar conmigo y en privado de algo muy trascendental y enigmático.

- Mire usted Sr. Gobernador, dijo Estrella dejando la envoltura de la tercera magdalena en la bandeja y sacudiéndose las migajas de la pechera del vestido directamente al suelo, primero quiero que me perdone por lo muy malamente que me he portado con usted y los señores guardias civiles, que son todos ustedes muy afectuosos conmigo, no me explico por qué me he puesto muy requetenerviosa y, segundo, darle las gracias por el espléndido desayuno que me han servido de una forma tan lujosa, que una servidora no está acostumbrada a esas cosas, las magdalenas estaban buenísimas y hacía mucha horas que no había comido nada y, lo más importante, no quiero que piense que estoy desequilibrada ni nada de eso, lo que ocurre es que yo, gracias a Dios, tengo poderes de vidente y hace muchísimos años que llevo soñando, es un decir, viendo muy clarito casi todas las noches que muy cerca del Puente de la Ahorcada, en la pedanía de Los Santos de la Ribera, está enterrado un gran tesoro que es fabuloso y antiquísimo, de la época en que los reyes llevaban pelucas largas y rubias. Y créame que veo el tesoro tan bien y tan estupendamente como lo estoy viendo a usted ahora mismo ahí sentado delante de mí.

El representante del Gobierno de la Nación no se inmutó, tantos años en diversos cargos políticos le habían enseñado a estar preparado para no sorprenderse de nada y más aún cuando se debía enfrentar a cuestiones incoherentes o paranormales, como parecía ser el caso,

y éste era un buen momento de demostrar que era un hombre de mundo y no un mero funcionario designado a dedo por aquello del partido político. Se inclinó sobre la mesita baja de la sala de visitas, se sirvió un poco de agua fría de la jarra térmica y, rebuscándose por los bolsillos de la chaqueta y sonriendo al fin, sacó un arrugado paquete de Ducados, extrayendo de él un maltrecho cigarrillo.

- ¿Le molesta que fume Doña Estrella? Esta mañana no lo he hecho todavía y estoy que no puedo más de ganas, creía que no me quedaba tabaco y pensaba comprar un paquete en cuanto saliera a la calle.

- De ninguna manera, contestó la mujer, está usted en su casa, fume, fume, que le seguiré contando, dijo, ya se ha tomado muchas molestias conmigo desde que he llegado y, además, que yo no soy nadie para prohibirle fumar y menos a todo un Gobernador Civil de España. Y con las cosas tan importantes que tendrá usted que hacer en vez de estar aquí perdiendo su precioso tiempo conmigo, aunque tengo que decirle que es lo que estaba deseando desde que salí de mi casa ayer, que me escuchara en persona la máxima autoridad de la provincia, que yo creo que es la única que puede ayudarme.

- No señora, yo sólo soy un funcionario del Estado que está aquí para servir a los ciudadanos y a cualquier persona que me requiera, pero siga contándome todo tranquilamente, que me ha dejado muy intrigado con su relato, aunque le pido que antes de continuar espere unos segundos que quiero que esté presente mi secretario personal para que tome cumplidamente nota de todo, eso lo ordena el protocolo, pero no se preocupe que es una persona de total confianza y los apuntes que tome solamente los verá yo y nadie más. Y pierda cuidado con el tiempo, dispongo de todo el que usted necesite para escucharla y atenderla como es debido, iba a salir a una

visita pero ya he dado orden de que se anule y se ponga en otra fecha.

Entonces Estrella Lagunillas, ya algo más reposada y una vez que había entrado el secretario, adoptó una postura muy erguida afianzó los pies en el suelo y los brazos en el sillón y dijo:

- Pues como ya comenté anteriormente el tesoro de mis visiones está en la pedanía de Los Santos de la Ribera, donde una servidora ha vivido de pequeña pero que todavía tengo allí un primo en cuya casa pienso parar porque no traigo apenas dinero, todo el oro está enterrado en el camino del Puente de la Ahorcada, muy cerca de las casas, pero hay que cavar muy poco para dar con la puerta que da paso a una galería de tres metros de larga y uno de ancha y casi dos metros de alta, porque una servidora no se da en la cabeza cuando entra y lo sé muy bien porque en mis videncias nunca me he golpeado con nada; la galería tiene las paredes hechas con losas de piedra y conduce a una gran sala con el techo también de piedra y sujeto con unas columnas muy altas. En el centro de ese salón hay como altares de piedra, seis o siete, en las que están muy bien colocados en montones muchísimos lingotes de oro, de treinta centímetros de largo cada uno por diez de ancho y alto y, al fondo de esta gran estancia, como en una hornacina, un gran cofre lleno de alhajas. Es muy antiquísimo, de cuando los reyes llevaban pelucas largas y rubias como ya le dije antes, para que se haga usted cargo de lo muy importante que puede ser. Estrella les contó toda su historia de un tirón, como si de una lección bien aprendida y muchas veces recitada se tratara, sin mover una ceja, terminando su discurso con los brazos fuertemente cruzados sobre su pecho. Luego guardó silencio un momento, cavilando si contarles o no a aquellos dos alucinados hombres que

detrás de la puerta también estaba esperando un bicho muy grande y, aunque ella estaba totalmente convencida de que era inofensivo, pensaba que este detalle podría poner en alarma al Sr. Gobernador Civil, que entonces sí que la tomaría por una lunática y la despacharía sin más contemplaciones, por lo que decidió guardarse ese detalle posiblemente peligroso para otro momento más oportuno, cuando tuvieran más confianza en ella. Añadió, en cambio, que todo lo que les había relatado era un visión que se venía repitiendo incontables veces durante muchísimos años y que las últimas noches que lo había tenido había visto a mucha gente a su alrededor y pensaba que podría desaparecer para siempre porque temía que alguien más pudiera saberlo también y podía llevárselo, aunque hasta el momento estaba convencida de que ese gran secreto sólo lo conocía ella. Y bueno, terminó diciendo, y desde este mismo momento ustedes dos.

El Gobernador y su secretario se miraron totalmente estupefactos y casi sin capacidad de reaccionar mientras Estrella les observaba desde una postura de total complacencia personal por haber expuesto su historia sin perder los nervios, como le venía pasando desde primera hora de la mañana. Seguramente la taza de tila que acaba de tomar ya le había hecho el efecto debido porque ahora se sentía mucho más segura.

- Pues muy bien, Doña Estrella, muy curiosa, completa e interesante su visión, deje todo este asunto en mis manos que yo me encargo personalmente de que atiendan su demanda como es debido, dijo el Gobernador, luego, levantándose del incomodo sillón de la sala de visitas, le dijo en voz baja a su secretario personal que acompañara a la señora a la salida pero que antes intentara conseguir que le diera, al menos, un teléfono de contacto ya que, como le había explicado anteriormente, se aloja-

ría en casa de unos familiares, en Los Santos de la Ribera, pero que no sabía bien la dirección. También le indicó a su hombre de confianza que le diera 500 pesetas para el taxi hasta la pedanía pero que un par de guardias civiles de paisano la siguieran en otro coche discretamente y que luego informaran de todos sus movimientos.

Estrella Lagunillas salió escoltada del edificio a la calle por dos guardias civiles, los mismos que la habían atendido a primera hora, y que la acompañaron en completo silencio aunque a dos pasos de distancia hasta la parada de taxis, en prevención de otro posible arrebato de nervios de la señora.

- Señora despierte, estamos llegando a Los Santos de la Ribera, ¿a qué calle vamos?, dijo el taxista. El comentario del hombre, según vio por el retrovisor, la alarmó.

- Pare usted un momento en ese bar que está ahí a la derecha, que voy a preguntar por la dirección exacta de mis parientes, dijo Estrella totalmente absorta en sus pensamientos hasta ese momento y algo airada porque aquel conductor había creído que estaba dormida. Al bajar del coche sintió frío y se tapó la boca con su gran pañuelo rojo con flores negras. El bar estaba desierto, cogió un cenicero de hojalata de Cinzano, vació las colillas que tenía directamente en el suelo y golpeó la barra con energía repetidas veces.

- ¡Ya val, se oyó desde el interior, que prisas tenéis hoy con lo temprano que es, dijo un hombre sonriente, de mediana estatura y algo rellenito de carnes que salía del interior secándose las manos con un paño blanco. Perdona señora, creí que eran unos parroquianos que vienen todos los días armando mucho jaleo hasta que le sirvo la copita de aguardiente, ¿qué desea usted tomar?

- Buenos días, dijo Estrella. No, no quiero tomar nada, muchas gracias, quería que me informara usted de

las señas de Pepe, el nieto de *El Ojitos*, es mi primo y hace tantos años que no he vuelto por aquí que no sé si se ha podido mudar desde entonces, aunque recuerdo que tenía la familia una buena casa al final de la pedanía.

- Claro que lo conozco, a Pepe, a su abuelo no tuve el gusto y tiene usted razón, tenían, y siguen teniendo una buena casa, y continúa viviendo allí, aquí no es como en la capital que la gente se muda cada dos por tres, aunque ahora todo ha cambiado un poco, la calle ya no es terriza, está pavimentada y tenemos hasta alcantarillado, ya no estamos en el culo del mundo. No tiene pérdida, sale usted y a mano derecha sigue hasta la plaza, luego toma otra vez a la derecha por la primera calle que se encuentre y sigue todo recto, es la última casa grande de esa calle pero a mano izquierda.

Estrella no había sido consciente de que inmediatamente detrás de ella había entrado un hombre que había permanecido en silencio mientras hablaba con el ventero y que no se había perdido ningún detalle de toda la conversación. Cuando ella daba las gracias por la información y se marchaba pidió un paquete de Ducados, pagó y salió para indicarle al compañero de la Guardia Civil la dirección de la familia de la mujer y ordenarle que la siguiera, él volvería a entrar en el local para llamar por teléfono e informar al Gobierno Civil.

Pepe y su mujer se sorprendieron cuando sintieron parar aquel taxi en la misma puerta de su casa y más todavía al oír el timbre. El hombre fue a abrir y por poco no se cae de culo de la sorpresa que le dio aquella desconocida que se lanzaba a sus brazos e intentaba besarlo. Tras los oportunos reconocimientos mutuos, ya sentados en la salita, Estrella les dijo a sus primos que se prepararan, había regresado después de tantos años para hacerlos ricos a todos, sabía dónde se encontraba enterrado un gran

tesoro y esperaba haber conseguido ayuda para sacarlo. Ahora no les podía contar más, necesitaba que la llevaran al sitio exacto, al Puente de la Ahorcada, para reconocer el lugar, luego por la noche después de la cena, ya más tranquilos, le explicaría todo con más detalle.

CAPÍTULO II

LA VENTA FRESNADILLO

Como era de suponer, nada más llegar a la oficina, Rafael, el conductor de aquel impoluto Seat 1500 negro del P. M. M. fue a decirle al arqueólogo que ya estaba preparado para salir a donde fuera preciso y para preguntarle, como siempre que tenía una comisión de servicio con él, si había muchos caminos malos.

- Seguramente sí, le respondió éste, pero todavía no lo sabemos seguro porque se trata de una señora que anda buscando un tesoro oculto en un antiguo camino de carne y que, por lo que me han informado hasta el momento deberemos estar preparados para cualquier cosa porque la señora parece de armas tomar y es algo nerviosilla. Para empezar iremos por la carretera nacional hasta la pedanía de Los Santos de la Ribera, a la parada de los coches de servicio público, que allí nos están esperando, y luego ya veremos si debemos utilizar nuestro coche o no, todo depende de la situación que nos encontremos al llegar.

Era ya media mañana cuando llegaron a la parada de taxis, caía una lluvia fina y contundente. El arqueólogo bajó del coche y se dirigió a preguntar, tal como indicaban las notas que le habían pasado, por el Sr. Villuendas a un corro de hombres que estaban charlando y fumando un cigarrillo, resguardados bajo el cobertizo de fibrocemento del aparcamiento de los taxis. Uno de aquellos hombres, gordito y risueño, casi calvo y no muy alto, se

separó del grupo y se presentó como Fernando Villuendas, *El Cosario*, y le dijo que ya estaba avisado de su llegada por unos guardias civiles de paisano que habían estado hablando con él pero, por favor, que lo tutelara, que a él la gente le hablaba de mira y que no estaba acostumbrado a esos protocolos, así que le rogaba que lo llamara como todo el mundo, Villuendas, que era el apellido de su padre. Seguidamente le explicó que era el taxista más antiguo de la pedanía y que además del servicio de transporte de personas se encargaba de resolver muchas gestiones de los vecinos en la capital, a la que iba todos los días por lo menos dos veces, tanto a las gestorías a llevar papeles como a dar los recados a los familiares que no tenían teléfono y que le encargaban los vecinos o llevarle cosas, algunas inverosímiles, de ahí su apelativo que había heredado de su padre junto con la licencia del taxi, gestiones por las que cobraba una propinilla.

- Pues a mí tampoco me gusta que me hablen de usted, dijo el arqueólogo, y como ya te habrán informado vengo para interesarme por el asunto del tesoro de Doña Estrella Lagunillas pero, si te parece bien, que con todas las acontecimientos que han tenido lugar esta mañana no he tenido tiempo de desayunar y no sabemos cómo va a transcurrir el día, me gustaría que me recomendaras dónde se puede tomar algo y mientras tanto me pones al día de los antecedentes de la señora que según me han informado las conoces bien desde hace mucho tiempo.

- Pues aquí mismo, le contestó Villuendas señalando el bar que estaba frente a la parada de taxis, además hoy han hecho unas migas muy buenas, con su choricito y sus torreznillos picaditos, que llevan hasta un huevo frito por encima, y con este día tan malo que hace es lo que más apetece. Tiene una cocina que es de lo mejorcito que se puede encontrar por aquí, dan unos buenos

y abundantes platos con productos de la tierra. Al desayuno propuesto haría justicia la pizarra de la puerta que decía: Comidas muy caseras.

Venta Fresnadillo (hay camas), como decía el cartel de la puerta, era un edificio blanco de dos pisos con cubierta de teja a dos aguas y una fachada con cinco vanos bien ordenados en cada planta. En la primera crujía la planta baja estaba destinada al bar propiamente dicho, resultando un amplio espacio rectangular, con una larga barra de ladrillo visto y tablero de madera bien pulida y limpia al fondo y sobre la que colgaban varios jamones, aparentemente bien curados. Detrás de la barra un amplio espacio para atender a los clientes cerrado en parte por unas estanterías blancas adosadas al muro llenas de botellas de vinos y licores y entre éstas una gran piqueta a través de la cual se veía una espaciosa cocina, bien iluminada, muy limpia y ordenada, que se correspondía con la segunda crujía. Más de la mitad de la sala del bar estaba ocupada por seis grandes mesas cuadradas vestidas con ropa de camilla de color verde y cubiertas con manteles de hule a cuadros blancos y verdes que estaban reservadas para el comedor y más cerca de la puerta de entrada estaba colocada otra mesa, el doble de grande de las anteriores y a juzgar por algunas personas que estaban allí sentadas seguramente se destinaba al uso compartido de los parroquianos y a las habituales tertulias bajo la tele; el resto del amplio salón lo completaban unos cuantos taburetes de madera en torno a unos viejos toneles que hacían de apoyo para las copas y las tapas. En un rincón del comedor, cerca de la entrada y sobre la mesa de camilla larga, se había colocado un televisor pero tan alto que hacía que las pocas personas que estaban debajo lo miraban con aspecto de estar embobados. La altura del aparato provocaba que los telespectadores levantaran tanto el

cuello que parecían que estaban como embobados, como el *papamoscas* de la catedral de Burgos, y con los ojos en blanco, incluso resultaba alta para los que estaban en los taburetes o de pie. La planta alta se dedicaba a las habitaciones para huéspedes, como indicaba un rótulo en la escalera que había cerca del lado derecho de la barra y junto al arranque de ésta se encontraba una vieja cabina de teléfono.

Al conductor del Parque Móvil se le iluminó la cara al oír lo de las migas y comentó:

- ¡Bendito sea ese cocinero!, llevo varias semanas rogándole a mi mujer que me las haga y no encuentro la forma de convencerla, siempre me contesta que con todo el trabajo de la casa y los muchachos nunca tiene tiempo para prepararlas, porque dice que son muy trabajosas y le duelen mucho las manos de tanto como hay que darle a la paletilla para que queden sueltitas y esponjosas, que es lo suyo y como a mí me gustan, igual que las hacía mi madre, y además que con el detalle del huevo frito por encima no las he probado en todos los días de mi vida.

Rafael, de cuarenta y siete años, era un hombre grande y alto, con el pelo canoso y un excelente conductor que, además era totalmente contrario a la costumbre de comenzar la jornada laboral matando el gusanillo con una copa de anís, circunstancia que el arqueólogo agradecía porque, al ser muy madrugador, podía dormirse en el coche tranquilamente cuando tenían un destino algo alejado de la capital, que con aquellas carreteras tan mal trazadas siempre resultaban largos y tediosos los viajes. Aunque una de las obsesiones de aquel chófer era que el coche se le manchara lo menos posible, por otra parte estaba cada vez más contento con este tipo de servicio porque, según decía, estaba viendo y enterándose de cosas de los pueblos y de la Historia que cada vez le interesaban más y que aquel perito era mucho

más divertido y menos serio que otros funcionarios. Desde que salía con el arqueólogo se había acostumbrado a hacer lo que aquel, comprar los productos que, por tradición, mejor sabían hacer en cada uno de los pueblos a los que tenían que ir, ya fuera chorizo o morcilla, en este caso los dos se habían vuelto igual de maniáticos y exquisitos porque el chorizo bueno de verdad mantenían que era de una determinada carnicería y, sin embargo, la morcilla tenía que ser de un pueblo a ocho kilómetros más al sur, dándose la curiosa circunstancia de que en ninguno de las poblaciones había ningún criadero de cerdos. El caso es que su mujer, según decía, estaba muy contenta con los precios y mucho más sus hijos, que se maravillaban de las cosas tan buenas que llevaba a casa. De buen comer, como el arqueólogo, celebraba con alegría desayunar como era debido, de plato, mantel, cuchillo y tenedor, no aquellas tostadas de pan malo y aceite casi lampante que le ponían en el bar que había junto a las cocheras donde encerraban los coches oficiales.

Entraron en el bar, Villuendas les presentó a Fresnadillo explicándole que venían con motivo del tesoro de Estrella y que tenían necesidad de desayunar. Ni que decir tiene, añadió el taxista, que a esta familia me la tienes que cuidar como es debido, vienen nada menos que de parte del Gobierno Civil.

- ¡Buenos días señores, están en su casa!, ya les he oído al entrar que mentaban sobre mis migas, me imagino que el amigo Villuendas ya les habrá explicado lo bien que nos salen, él mismo se acaba de tomar un buen plato, si os parece bien mientras las preparo, que estarán en un momento, lo que tarde en calentarlas y en freír el huevo, os podéis ir sentando en esa mesa grande que está junto a la tele, que tiene dos buenos braseros de picón recién encendidos y así, con el frío que hace, podréis disfrutar mucho mejor del tentempié que os voy a servir en un periquete.